

SEMBLANZA DEL GENERAL JOSÉ GREGORIO MONAGAS

Homero Arellano (*)

A los quince años de edad, en 1810, se alistó como soldado de las fuerzas armadas republicanas y estuvo activo en ellas durante los prolongados años de la lucha venezolana por la independencia hasta el final. Durante casi un siglo se ignoró el lugar de su nacimiento, el hato El Roble, una de las posesiones de su padre en Aragua de Barcelona.

En los primeros años de su vida estuvo dedicado a las labores del campo, al pastoreo en los hatos paternos. Su instrucción tuvo la precariedad de aquel tiempo, circunscrita a nociones de lectura, escritura y aritmética. Escuelas habían en los poblados importantes. Las noticias de lo ocurrido en Caracas en abril de 1810 lo deciden junto con su hermano mayor José Tadeo a abandonar sus posesiones para convertirse en soldado de la causa de la independencia.

En los duros años que siguieron a la caída de la primera república mantuvo viva, junto con su hermano José Tadeo, la llama de la resistencia. La lucha de guerrillas fue constante en el oriente del país en aquellos años. En ese territorio oriental había nacido el 4 de junio de 1795, cuatro meses después de su contemporáneo Antonio José de Sucre. Fue su padre Francisco José Monagas, gran propietario de tierras y ganado, natural de la provincia de Caracas y descendiente de canarios. Fue ejecutado por los realistas dada su condición de partidario de la independencia. Su madre, oriunda de San Carlos de Austria (Cojedes) pertenecía igualmente a una familia terrateniente y adinerada.

Su experiencia combatiente ya era notable para ese entonces. Había participado en la campaña contra los realistas de Guayana y en 1813 había sido de los sitiadores de Maturín bajo las órdenes de Manuel Piar. En 1814 se distinguió en las batallas de Bocachica, El Arao y la primera de Carabobo a las órdenes de

(*) Escritor y ensayista.

Santiago Mariño y luego de Bolívar. Combatió en la primera batalla de La Puerta. Participó en la retirada a oriente y estuvo presente en Urica donde fue abatido José Tomás Boves. Luchó asimismo a las órdenes de José Félix Ribas en la defensa de Maturín (1814). Ya había sido ascendido a capitán en esos días.

Para el año 1815 era considerado junto con sus hermano José Tadeo como los primeros caudillos independentistas de la región barcelonesa. Desde allí impulsaron y participaron en acciones guerreras en Guayana, donde también comandó los grupos de caballería en aquellos combates. Para ese año luchaba con el grado de coronel. Con tal grado participaría de ahí en adelante en las acciones de guerra por la independencia de Venezuela. El grado de general de brigada le será conferido en 1823 y confirmado en efectividad por el mismo Bolívar en 1827.

Con ese grado de general de brigada condujo el contingente venezolano a través del istmo de Panamá hasta el Perú, a petición del Libertador, para incorporarse a la División de Colombia o División auxiliar del Perú. No participó en Ayacucho debido a las demoras de la difícil travesía, pero actuó en el sitio y toma de El Callao bajo el mando del general Bartolomé Salom. Sería ésta su última acción en la guerra de independencia, esta vez, contra el último bastión español en América del Sur.

Contaba entonces 31 años de edad. A esa edad venía de participar en once campañas, nueve batallas, veintiséis combates y cuatro sitios. Un total de treinta y nueve acciones de guerra. Ya, a más de la mitad de su joven vida, era un combatiente singular. Llama la atención la juventud de la mayoría de los próceres de la emancipación americana cuando se incorporan a la lucha. Muchos de ellos son apenas unos adolescentes.

“José Gregorio Monagas se dio cita ante sí mismo y tuvo el valor de mirar la verdad frente a frente”, escribió M. Osorio Calatrava. La verdad de la muerte le rondó en sus años de adolescente y de joven combatiente notable. Sus títulos de paladín de la independencia, así como de presidente de la república que había contribuido a abolir la esclavitud, son títulos muy raras veces ostentados en este mundo o en algún otro.

Como pocos también, pudo mostrar que su hoja de servicios la compartió combatiendo a las órdenes o al lado de los hombres más conocidos y destacados de la independencia: Bolívar, Piar, J.T. Monagas, Mariño, Bermúdez, José Félix Ribas, Mc. Gregor, Páez, Bartolomé Salom, etc., enfrentando a todos los jefes realistas de aquellos primeros años: Monteverde, Boves, Calzada, Gagigal, Ceballos, La Hoz, Morales y Morillo.

Los más elevados grados militares los obtuvo ya en otras circunstancias. El 22 de marzo de 1849 el Congreso de la república le expidió el despacho de general de división y el 10 de abril de 1854 le confirió el grado de general en jefe, último en la escala militar en Venezuela.

Su actividad guerrera no desmintió la magnanimidad y el carácter bondadoso que también lo acompañaron. “*A José Gregorio Monagas le sobran títulos para el recuerdo y la gratitud de sus conciudadanos con que sólo lo miremos cubierto del toco, pobre y trajinado uniforme de soldado*”, escribió monseñor Ramón I. Lizardi al conmemorar el primer centenario de la muerte del prócer.

A mediados del siglo XIX, los hermanos Monagas y especialmente José Gregorio y José Tadeo, descollaban entre los próceres que habían fundado la nacionalidad. El título que le dio Bolívar como “*la primera lanza de Venezuela*” luego de la primera batalla de La Puerta, donde es fama que fue su lanza la que ocasionó la herida del general Pablo Morillo en esa batalla, lo obtuvo a la edad de diecinueve años.

José Gregorio Monagas convirtió en leyenda su destreza en el manejo de la lanza que fue siempre una modalidad de combate singular. Un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, directo, que requiere además, ser un jinete de primera. A pesar de su prestigio entre los combatientes y sus superiores, la moderación y la modestia continuaron siendo uno de sus rasgos más característicos.

Nicanor Bolet Peraza elaboró un notable perfil del joven prócer, al decir que “*era de verse como todos reconocían en aquel mancebo un derecho a afrontar el mayor peligro y de acometer las más gallardas hazañas. Hacía del comienzo del combate un torneo de valor guerrero*”. Por su carácter apacible y tolerante no era fácil imaginárselo como el guerrero que destacaba por su tenacidad en el combate.

Sus mismos enemigos admitían que era un hombre bueno, que sobresalía también por su tolerancia, como nos lo recuerda su paisano oriental Andrés Eloy Blanco, cuando escribió que podría decirse que en la segunda salida de su lanza es presidente de la república y la abolición de la esclavitud, el cumplimiento de la promesa de Bolívar a Petión en 1815.

En cierto modo con ello culminaba la obra emancipadora comenzada el 19 de abril de 1810 por su generación y cumplía con los ideales liberales que se habían pregonado y que él aceptaba.

Ese decreto abolicionista generó resistencias aunque no se llegó a una oposición violenta y armada como ya comenzaba a hacerse costumbre. El país

estaba viviendo el comienzo de una fuerte y extensa crisis económica debido al descenso de los precios de los frutos de exportación, el café y la ganadería principalmente. Se trataba de una crisis económica que daría comienzo a la crisis política que estallaría en 1858/59 y se expresaría en la guerra civil de los cinco años o federal. Los propietarios se consolaron con un juego de palabras: “*José Gregorio Monagas nos trajo dos cosas: los centavos negros y los negros con centavos...*” Es decir, el “cobre negro” monaguero para el resto del siglo XIX y primeras tres décadas del siguiente.

También en el gabinete ejecutivo se opusieron al tenor del decreto algunos ministros como Simón Planas, de relaciones interiores, y Pío Ceballos, ministro de Hacienda. El derecho de propiedad no era fácil de ponerlo en duda y no sólo por antiguo.

La mayoría de los representantes en el Congreso Nacional se opuso igualmente. Ante esta actitud de los representantes, el presidente manifestó que “si el Congreso no sanciona la emancipación de los esclavos, yo asumiré la dictadura por un día mientras borro esa mancha de nuestras instituciones, entregaré luego el poder al pueblo y me retiraré a aguardar el fallo de la humanidad.” Con ello indicaba lo profundo de su convicción liberal. Al crearse en 1841 el partido liberal, había sobresalido como el más activo propagandista de la nueva corriente política y fundó los primeros núcleos de la organización en Maturín y Barcelona.

Vicente Lecuna, un siglo después, con motivo del centenario comentará que “*José Gregorio Monagas uno de los destacados libertadores de América, culminó su carrera con el decreto de abolición de la esclavitud en Venezuela*”.

Los hermanos Monagas, sobre todo José Tadeo y José Gregorio, le dieron cierta fisonomía a la Venezuela del siglo XIX, a una república difícil en un territorio cimarrón en el cual la idea de república no conseguía aclimatarse en la práctica y donde generalmente los resultados contrariaban el propósito que lo había generado. Tal es el caso de la Guerra Federal que debía llevar al país a la federación, la respuesta a todos los males como decían, a una república descentralizada y que, en cambio, terminó en una federación de caudillos.

El 5 de febrero de 1851 José Gregorio había tomado posesión de la presidencia para la cual había sido elegido con el apoyo de su hermano. Había competido con otros dirigentes liberales como Antonio Leocadio Guzmán y Estanislao Rendón, pero ese decreto cuyo artículo 1º reza: *queda abolida para siempre la esclavitud en Venezuela*, fue lo que sin duda inmortalizó su paso por la presidencia de la república.

Su hermano José Tadeo lo reemplazó al volver de nuevo a la presidencia. En 1858 fue derrocado y José Gregorio que había estado atendiendo sus posesiones en Oriente fue detenido arbitrariamente por un general de nombre Justo Briceño que había llegado a ese grado militar precisamente bajo la protección del ex presidente. Sin ninguna acusación específica (se supone que por ser hermano del presidente derrocado) Briceño lo envió junto con dos hijos y algunos de sus amigos a una fortaleza en el puerto de La Guaira. De allí lo pasaron al castillo de la barra del lago de Maracaibo, sin juicio alguno, como preso político. Abandonado en un calabozo de esa prisión enfermó gravemente sin asistencia. Ni siquiera al gobernador del Zulia le permitieron desde el gobierno central prestarle auxilio en su larga agonía.

Fue sacado al fin moribundo de aquella fortaleza-prisión y al desembarcarlo en el muelle del puerto de Maracaibo, pobre, humillado y ofendido, murió en una áspera silla de cuero que le servía de camilla. “*No hay humanidad para mí*” le musitó al hijo que lo acompañaba en aquel momento final.

Así agonizó uno de los libertadores más destacados de un país que aún iba asimilando muy pausadamente esa aventura que la convertiría en república.

El final de José Gregorio Monagas, su prisión y muerte, demuestran asimismo que en Venezuela, en el transcurso de su historia republicana, casi nadie puede recordar que hayan funcionado los tres poderes clásicos ni otro agregado en algún tiempo. Eso ha hecho que la historia de la arbitrariedad y la de un solo poder haya sido innecesariamente una historia mucho más larga.